

te, encontré cartas no abiertas de diez, quin- te, hasta veinte años atrás. Y en algunas, ironía de la suerte, estaba escrito *urgente* y dentro la estampilla para la respuesta.

Gandolin

LO QUE DICE UNAMUNO

(Especial para LA PRENSA)



III

Salamanca, Junio de 1904.

"P.—¿Qué cosa es fe?"

R.—Crear lo que no vimos.

¿Crear lo que no vimos? ¡Crear lo que no vimos, no! sino crear lo que no vemos. Crear lo que no vemos, sí, crearlo, y vivirlo, y consumirlo y volverlo a crear y consumirlo de nuevo viviéndolo otra vez, para otra vez crearlo... y así, en incesante torbellino vital. Esto es fe viva, porque la vida es continua creación y consumición continua, y, por lo tanto, muerte incesante. ¿Crees acaso que vivirías si a cada momento no murieras?"

En este primer párrafo de la última parte de los *Tres Ensayos*, la consagrada a definir la fe, está, lo cardinal del espíritu y del entendimiento de Unamuno, el hombre que representa la más alta promesa filosófica de la España nueva. Y digo promesa porque, según el mismo afirma, aun no ha partido.

El arte soberbio de Unamuno consiste en hacer del pensar un sentimiento íntimo, recogido y profundo, en convertir la reflexión en pasión. Ya Descartes lo dijo: "sentir no es más que pensar." Unamuno es el tipo perfecto del Ideólogo, libre de toda ideofobia, como él dice, es decir, libre de toda oscuridad a sus propias ideas. "El que discurre vale más que lo discurrecido, y soy yo, viva apariencia, superior a mis ideas, apariencia de apariencia, sombra de sombra. Lo que cada cual tenga de pensador y sentidor es lo que le hace fuerza social progresora; el ser meramente sabio ó erudito es lo mismo que el ser usurero ó prestamista, que redistribuye riqueza, pero no la crea." (*Tres Ensayos*)

Calentar las ideas en el foco del corazón, tal es su máxima; "allí, en ese sagrado fogón, las quema y consume como combustible. Son las ideas—agrega—vehículo, no más que vehículo de espíritu."

Y una vez quemadas y consumidas en el foco del corazón, mueta de ideas? Pues... ¡a crear otras! ¿Y si son contrarias a las consumidas, si rompen la unidad de pensamiento que se exige al filósofo? Unamuno cree que la versatilidad constante es también una forma de ser, consecuente, y, sobre todo, la forma más vital del pensamiento. "¿Por qué he de ser pedrusco sujeto a la tierra y no nube que se bañe en aire y luz?"

Ya Nietzsche, cuyo espíritu detesta Unamuno, dijo: "la verdad nunca irá colgada del brazo de los dogmáticos."

¿Qué ideas profesa Unamuno? En realidad profesa todas las que se le ocurren. Y cuida siempre de que no le clasifiquen por ellas. Antes déforme que uniforme. Es pensando como el zorro andando, que borra con el fopo la huella que deja en la nieve. No quiere que le encasillen como a un insecto. Dijo: "lo importante es pensar, sea como"

trascendental hállase sintetizado en estas palabras de los *Tres Ensayos*: "Te cristiana consiste en que en el Cristo del Evangelio, y no en el de la teología, se nos presente y nos lleve a sí el Dios vivo, cordial, irracional, ó si queréis, soberracional ó intrarracional, el Dios del imperativo religioso, no el Sumo Concepto abstracto construido por los teólogos; no el primer motor inmóvil del Estagirita con su cortejo de argumentos físicos, cosmológico, teleológico, ético, etcétera, etc. Dios, en nuestros espíritus, es Espíritu y no Idea, amor y no dogma, vida y no lógica."

Según Unamuno, la Iglesia católica ha querido casar las dos cosas más incompatibles: el Evangelio y el derecho romano. "Y así—agrega—le han cortado las alas al profetismo hebérico, que pedía amor y no inmóviles, con el lastre de los edictos justinianos y los *sacra paganos*; han apagado con agua lustral el fuego de la fe. Y encima han alzado al Estagirita con su molino lógico, sus silogismos, su entelequia, sus entendimientos agente y pasivo y sus categorías y categorías todos, celados a perder por una legión de pobres ideólogos, que redujeron a polvo analítico el corazón."

Todas estas ideas han sido motivo de una guerra sorda y ardiente entre el Obispo de Salamanca, monseñor Cámara, que acaba de fallecer, y Unamuno, guerra que, metida en la pacífica *Reina del Tormes*, era como ese estado del mar, cuando aguietada la superficie, ruedan por debajo las olas, enteras y vivas, sin choque que las disuelva y desahogue su cólera.

En los días del sonado asunto de Nozalea vino a Madrid monseñor Cámara, a sostener ante el Gobierno que un protestante no podía regir una Universidad católica. Maura se llevó las manos a la cabeza, suplicando al Obispo que le dejara en paz y no metiera al Gabinete en un nuevo lío. Volvióse monseñor a Salamanca, a esperar mejor oportunidad para provocar el conflicto. Pero la sorpresa le abrió, yéndose al otro mundo, la pesadilla de los estragos que podrá hacer en las filas de la juventud católica el hugonote Rector de la Universidad. Según las leyes españolas, que proclaman la libertad de conciencia, el Rector puede ser y pensar lo que quiera, sin abandonar el puesto que el Estado le ha confiado.

Hablamos luego de América. Unamuno siente gran interés por los hombres y las cosas de la República Argentina. Conoce toda la poesía gaucha, las composiciones de Hernández, Del Campo y Ascasubi. *Martín Fierro* le gusta extraordinariamente, y ha hecho sobre el popular romance gaucha un notable trabajo de lingüística, demostrando el origen de los vocablos que en él se emplean. Domina igualmente todo el proceso evolutivo del Estado argentino a través de sus guerras intestinas, que ha estudiado en Sarmiento, Mitre y Estrada. Ha leído las memorias del general Paz, llamándole mucho la atención sus campañas y la manera serena de reserbarlas. No se explica que la juventud literaria de Buenos Aires no vuelva sus ojos a estas obras, las mejores fuentes de una literatura propia, buscando en ellas y en la vida que reflejan motivo de inspiración, en lugar de buscarla en los exotismos parisienses. Dice que nota mayor fuerza mental en el método político que en el literario, fenómeno que observó en la amplia discusión sobre la ley de divorcio.

Abriga un temor sobre el porvenir espiritual de la República Argentina. Asegura que si, conjuntamente con el enorme desenvolvimiento de su riqueza, no se crea un fuerte ideal religioso, caerá esa sociedad en los fetichismos del catolicismo. Temó que sea el campo del porvenir de las comunidades. A esta idea opongo algunas razones basadas en la formidable obra de Alberdi, que hizo la revolución más honda, la de quebrar el catolicismo tradicional hereditario, metiendo en el espíritu del pueblo la libertad de cultos y estableciendo en las costumbres la más absoluta tolerancia por todas las formas religiosas. Unamuno cree, sin embargo, que la indiferencia actual del país en este asunto y su propia prosperidad económica, son dos peligros para que caiga en el fetichismo. Supone que habrá pronto aludido de frailes, aprovechando el descuido en que se halla la vida interior de la sociedad argentina en la cuestión religiosa. "Ya se puedan poner en guardia, si no quieren verse amenazados por los fetiches del catolicismo. Hay que cristianizar el cristianismo, descatalizándolo." En realidad es un completo puritano.

A Unamuno no le gusta que le llamen sabio. "Es tomarme por arca de conocimientos y no por idea viva." Luego me hace reír con esta sagaz observación: "Eso de sabio y profundo lo han inventado los que me quieren mal, para que la gente no me lea." Unamuno es sabio y profundo, efectivamente, y además ameno ó interesante, con un humorismo que no es amarga mueca de despectivo, como Carlyle, sino movimiento espiritual de salud y de gracia, como Juan

bras aparentales, fantasmas humanos, que pasan contorsionándose y haciendo que rian ó que lloren. Temen verse solos. ¡Y hablan de alegría de vivir!

¿Alegría? ¿Qué saben de alegría los que no la tienen cimentada en la tristeza del destierro eterno? La alegría no es más que una esperanza, y como toda esperanza, sólo es fuerte y fecunda cuando arraiga en tristeza, que es recuerdo. Si, estoy triste porque me perdí al nacer, pero de esa tristeza brota, como flor de henchimiento, mi alegría, y vivo alegre, porque espero encontrarme al morir. Estoy triste y vivo alegre.

Y quisiera comunicar a todos la savia de mi dicha y machucarle cabezas y corazones, para trasfagnárselos. Me apena verlos pasar como sombras aparentales, con los ojos desparpavidos, buscando norte en el revoltijo del mundo. Quisiera correrles los ojos, y que mirasen a su noche, al estrellado cielo del espíritu.

Hablan de éxito, hablan de victorias, pero las quieren inmediatas, porque el mundo no aguarda. Yo pongo mi victoria más allá de mi vida, cuando me encuentre.

Dícese de Dios que es fuerte porque es paciente; como eterno que es, aguarda siglos. Y así en lo humano sólo es fuerte el que sabe ser vencido y aguardar. Mis nietos—mis nietos espirituales, quiero decir—me harán vencedor de los que hoy pudieran vencerme. Dejo, pues, vivir al día a los hijos del día. "¿Y si todo eso no son más que ensueños de tu espíritu?" se me dirá. No lo admito, más aunque así fuera, mientras vivo, me dan esos ensueños una vida más intensa, más fuerte, más fecunda y mil veces más deleitosa que la vida de esas humanas sombras aparentales, peloteadas en el remolino del mundo.

¿Para qué quieres cambiárlas y hacerlas a tu imagen y semejanza, si siendo como son, viven felices?" se me añade. Y respondo diciendo con Pascal, que somos los hombres compuestos de bestia y de ángel, y que prefero ser en nosotros el ángel desgraciado y no a la bestia satisfecha, mejor aquél florido su victoria sobre ésta, que no a la bestia riendo de la victoria sobre el ángel. Mis hijos del día que son el origen de los hijos de la eternidad. Quiero más ser ángel desgraciado que no animal humano satisfecho, más león muerto que no perro vivo.

Aquí, entre estas viejas piedras doradas por el sol a siglos, aquí donde en la noche del presente brillan los luceros del pasado, aquí no envidio las anchas avenidas por donde pasean sus hastios y su miserable alegría los hijos del mundo. Están aturdiéndose. Jamás conocieron el fruto de los dolores íntimos, de las inquietudes intra-espirituales. Si lo conocieran, daríanse a buscarlo.

¿Qué sentido universal, qué sentido cósmico tiene a la vida? ¿Se han fijado en cómo les miran las estrellas? Quieren hacer una patria española, ilustrada y rica. ¿Y para qué la salud, la ilustración y la riqueza? Para la dicha de los hijos, sin duda. ¿Y no será mejor buscar directamente la dicha, la dicha duradera, en su manantial, que es el espíritu?

Buscando la riqueza de fuera nos embobrecemos por dentro. Suele ser muy triste, tristísima por dentro, la vejez de los que desbarataron su juventud y derrocharon su mocedad en hacerse una fortuna. Apenas si ésta les basta para consolarse de no haber vivido. Y si tienen hijos, que nacieron ricos, se ven despreciados por los hijos.

Recordaré toda mi vida un angustioso horror en que los hijos, ricos, ilustrados y ricos merced a la labor de la mocedad de su padre, que no tuvo tiempo ni de sanarse, ni de ilustrarse, ni de enriquecerse la mente, despreciaban al padre y renegaban de él.

No quiero besar a mis hijos una fortuna—¡qué se la haga ellos!—sino una gloria para la vida y un aliciente para el espíritu. Y mejor si logro legarles un espíritu del que no reneguen nunca.

No, no quiero ese mundo. Me aturde, me marca y me confunde. Sus hombres y sus cosas revolotean zumbando en torno de mi espíritu y me impiden soñar: son como nube de langostas que me vela mis luceros. Sus ansias, sus placeres, sus risas, sus flores, su caza a la fortuna, su ilustración libéscica ó mundana, su ligereza de moda, su seriedad de oficio, todo, todo lo suyo me amarga el corazón y me lo emponzoña. Devoran telegramas de todo el mundo y no saben lo que pasa dentro de ellos;—ahora quieren averiguarlo algunos... ¡en laboratorios de psicología experimental!—oyen las leyendas de la historia é ignoran de donde vinieron, que hicieron y como fueron sus padres. Algunos de ellos hablan de ciencia y no saben ser los mejor. Corriendo tras la ciencia, dejan caer la sabiduría. Todos me apenan: los serios y graves más aun que los ligeros y casquivanos. Tomar el mundo eso en serio, ó fugir tomándolo así, me parece el colmo de lo bufo.

Esas gentes se han hecho por los periódicos y para los periódicos. Son como ellos, fragmentarias y efímeras. En sus almas apenas hay sino gacetas y telegramas. Y también anuncios de compra y venta.

cuando da a pensar y pensar con todo el cuerpo y sus sentidos, y sus entrañas, con su sangre y su médula, y su fibra, y sus células todas, y con el alma toda y sus potencias, y no sólo con el cerebro y la mente, pensar vital y no lógicamente. Porque el que piensa sujeta a los ideas, y sujetándolas se libera de su degradante tiranía." Y en una soberana página de *Paz en la guerra*, añade: "Será preciso para hacer sentir a uno eximido de tener que pensar? Sin embargo ¡qué hondo sentimiento el de pensar hondo!"

Aunque el profeta, yo intento aquí clasificarle. Unamuno es, ante todo, un artista del pensamiento, para quien el idear es un motivo de arte infinito y de emoción pura y profunda. La mejor prueba de esto se halla en su admirable disertación sobre la *Pajarita de Papel*. No hay en ello apenas motivo de pensamiento, y no cabe mayor arte, más elevado, más quimérico, que pensar sin motivo alguno, pensar por pensar.

Y en su arte magnífico, en la quimera hecha arte, tiene a lo inasequible, a lo inasequible para la misma quimera. "Vale más que en tu ansia por perseguir cien pájaros que vuelan te broten alas, que no el que estés en tierra con tu único pájaro en mano." He aquí bellamente rechazado todo el positivismo. A tan hermosa paradoja no se puede oponer esta grosera verdad sin herir los fueros de la fantasía: para perseguir a cien pájaros que vuelan es necesario llevar uno, por lo menos, no en la mano, sino en el estómago.

El pensar por pensar, "con estas o con aquellas ideas, lo mismo da" "¿a qué conducir?"—preguntará alguien, cultor del practicismo. Y habrá que contestarle: el pensar por pensar es mucho más práctico que el no pensar por no pensar. Todo el pulimento que va alcanzando la figura moral del hombre, y aún la figura física, dimana del pensamiento. Pensar es ampliar la vida del espíritu, multiplicar el contenido de la existencia, nutrir el tiempo vacío. El que sólo de actos llena su vida, sólo la vive en mínima parte. Al realizar precede el imaginar, aunque haya distancia larga entre lo que se imagina y lo que se realiza, si bien todo se realiza en imaginación. Y la imaginación es tan realidad como las uñas.

"Hinchémonos todos, y creará el mundo"—dice Unamuno. Su ideal es intensificar la vida del espíritu, "adentrarse" como él diría, hacer de tal manera opulenta la vida interior, que de la reconcentración fluyan ideas perennes, eternos y no transitorios, apuntando siempre a lo inasequible, una puntería espiritual que no tiene punto fijo de mira. "Reconcéntrate para irradiar."

Y así, en esta actitud interior, quiere Unamuno que el escritor hable al mundo, arrancando de lo local y circunscrito para llegar a lo universal y eterno. "¿Qué se pierde tu voz? Más te vale—responde—que se pierdan tus palabras en el cielo inmenso, a no que resuenen entre las cuatro paredes de un corral de vecindad, sobre la cháchara de las comadres. Vale más ser ola pasajera en el Océano que charco muerto en la hondonada."

Con estos ejercicios "intra-espirituales", ha llegado a ser Unamuno uno de los escritores más complejos y abismáticos de la moderna literatura europea. En España resulta un escritor extraño que obliga a pensar, a releer y aun descifrar su estilo repleto de contenido. Unamuno es un profundo inquietador que expusiera a sus detractores y entusiasmas a los iniciados en los múltiples rumbos espirituales del maestro. Su complejidad no es laberíntica por vicio, como algunos creen, de la forma meramente externa o gramatical. Su estilo es conciso, preciso, sabio. Con decir que su profesión es la de filólogo, bastará para comprender su dominio de la ciencia del lenguaje.

Es más fácil negar claridad a otro que percepción a sí mismo. No hay cosa más difícil, decía Gracian, que desengañar de capacidad. "¿Qué no te entienden? Pues que te estudien o que te dejen,—añade Unamuno,—no has de rebajarte a sus entendederas. Si la fórmula de tu individualidad es complicada, no vayas a simplificarla para que entre en su álgebra. Más te vale ser cantidad irracional que guarismo de su cuenta."

Hay íntima correspondencia entre las ideas de Unamuno y su manera de expresarlas. La arquitectura de su prosa es sólida, maciza y, a la vez, armónica y aérea, un ritmo que no es el ritmo de coquedad tan abundante en la literatura española. El estilo es, ante todo, contenido, y de esto no falta nunca en los escritos de nuestro autor.

¿Qué piensa Unamuno de España? Bajo los átomos del Tórnos le interrogo sobre este punto. La profunda disertación que siguió a esta pregunta no cabría en la presente carta. Unamuno cree que es necesaria una revolución religiosa. Sosiega la conveniencia de desentender a España para que surja puro el espíritu del Evangelio, y, como consecuencia, la verdadera conciencia religiosa del pueblo. Quiere una fe libre de todo dogma teológico. "La fe que con la esperanza y el amor se confunde."

"Apasíonese Vd. por esta causa—me dice—haga Vd. la guerra al catolicismo, defendiendo la persona histórica de Cristo, al hombre fundido con sus ideas, ideas vivas, fuera de esas tinieblas místicas en que se aborrece al mundo, al mundo de Dios, y se reniega de la vida. Hay que romper esas sombrías concepciones medievales en que se ha ahogado al sencillo, luminoso y humano Evangelio." Todo cuanto me dice sobre este asunto

el griego, cuya cátedra ha ejercido durante varios años, el latín en sus diversos períodos, y el sanscrito. Habla los principales idiomas europeos: francés, inglés, alemán, italiano, portugués; ha dominado el noruego y el danés, su derivado, pudiendo estudiar a Brandes y a Ibsen en su propia lengua. Sus lecturas favoritas son los autores ingleses y yanquis, y de estos los solitarios. Tiene numerosos amigos en Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, autores que le envían sus libros y todo cuanto allí aparece relacionado con esmas y cuestiones religiosas, en ese batallar de las sectas cuya multiplicación arrancó a Talleyrand esta frase sobre Norte América: "Aquí hay treinta y dos religiones y un solo plato: el asado."

Sedáale mucho a Unamuno la acción de los espíritus solitarios, que desde un rincón dirigen, como Spinoza, las más formidables batallas del espíritu humano.

El estudio de la Filología, en que es Unamuno consumado maestro, le ha dado ese fino y ese vigor que distingue a sus escritos. Todos los grandes pensadores han sido filólogos, porque perseguir el origen de la palabra es descubrir la evolución del hecho que representa. Filólogos fueron Kant, Schopenhauer y Nietzsche, llegando con el auxilio de esta ciencia a la raíz misma de los fenómenos del alma universal.

Unamuno me ha hecho andar cuatro ó cinco leguas de paseo por campos y tierras labradas. He quedado rendido; pero antes me hubiera caído redondo que pedir descanso, pues si como sabio me lleva una ventaja inmedible, como testarudo todo lo más que puede lograr es un empate.

Luego, en su casa, ha tenido alta compensación la caminata. Unamuno me ha leído los primeros capítulos de su futura obra sobre el Quijote. Escuché los siete capítulos comentando las siete primeras aventuras del hidalgo por derecho de ensueño, derecho superior al llamado derecho propio. El próximo libro de Unamuno está llamado a tener gran resonancia por la manera de analizar el espíritu quijotesco.

Al escuchar aquella prosa robusta, de construcción solidísima, repleta de jugo y hinchada de emoción, acordábame de los que tienen a Unamuno por un pensador fino y seco. ¡Qué error! Nadie pone aquí tal pasión en sus escritos, ni abinco tan empuñado, ni calor tan vivo, ni derrama su alma con sinceridad semejante.

¡Grande y magnífico espíritu! Obra duradera será la tuya, porque hay en ella el dolor de la sed inapagable, sed infinita de ideal inasequible, la eterna sed de la poesía eterna, la que tiene fuerza de transmisión perpetua, porque arranca de ansia viva y de anhelo perenne. Tú lo has dicho: "¡ansia de beber con el ojo espiritual directamente la luz del sol!"

Tu obra será tu sed...

Francisco Grandmontagne

DESPUÉS DE UNA CONVERSACIÓN

A FRANCISCO GRANDMONTAGNE

Hubo un tiempo en que no lograba yo orientarme; volvíame todo llevar de una parte a otra la mirada, escudriñando el horizonte, sin conseguir norte alguno: Erraba a la ventura. Hasta que llegó día de bastío y desengaño, y entonces cerré los ojos y al cerrarlos se me apareció la estrella del norte, a la cabeza de su constelación gloriosa.

¿Os extraña? Cuando viajamos por remotas tierras desconocidas, donde no trascurre nuestra infancia, y no hay árbol, ni piedra, ni colina, ni arroyo que nos muestren camino del hogar, del descanso y la ventura, entonces hay que esperar a que el sol muera y vengan las tinieblas de la noche. A favor de la oscuridad, cuando la tierra se suma en confusión de sombras, es cuando se puebla de luceros el cielo, el cielo mismo que contemplaron los abuelos de nuestros abuelos. Y entonces nos nace, de la muerte del sol, la estrella del norte.

Dejad que se apague el sol de la vigilia engañadora, dejad que el sol del mundo se os apague, y en las tinieblas del alma se os poblará de luceros el cielo del espíritu. Y entre ellos vuestra estrella norte.

Nos estamos buscando durante la vida toda, porque al nacer nos perdimos. Quiera Dios que al morir nos encontremos.

Me voy desparpamando por el mundo; hablan los demás de mí y yo me digo ¿de quién hablan? ¿Si pudieran dolverme eso yo que les he dado?

Pero no hagas caso ni creas que tus anhelos son los anhelos en que te agitas. Todos cuantos te rodean corren tras la fortuna de compra y venta, y tú crees correr también tras ella. Te engañas. Tú, como yo, tienes tu ansia, pero no el ansia que te rodea, sino otra muy otra.

Higiene, instrucción, riqueza; en ello dicen que se cifra la aspiración de tal pueblo. Está bien, y la de cada uno de sus individuos? Ya estás sano, instruido y rico, y luego ¿qué? ¡Vivir! ¡Vivir! ¿Y qué es eso de vivir? A mí apenas si para vivir me basta la vida.

No lo puedo remediar; me parecen som-

bras oscuras sobre las que cuando entre las dos muelas de un molino, nos cogen el corazón la infinitud y la eternidad, y nos lo majan y triturán y hacen polvo si alguna vez hubieran sentido sobre la boca del alma, el alatazo del ángel del misterio; si alguna vez hubieran saboreado el anonadarse en el Universo, ¡ah! entonces sabrían cual es la raíz del hastío de sus placeres.

No saben lo que es vivir los que toman a la vida por fin de la vida misma. Es esta una forma de avaricia, pues avaricia no es sino tomar por medios los fines. Y no puede haber más verdadero fin que un fin que no sea medio para otra cosa alguna, un puro fin, algo que excluya todo lo ulterior a él. Y no ocurre así con la vida, pues que soñamos algo allende ella y por encima de ella.

Y como siempre hay un más allá y un más allá del más allá, el corazón tiene su fin en el infinito. Hemos, pues, de aspirar a lo inasequible, al último allende.

¡Desvarios! ¡Desvarios! Pues pongo en el desvario mi vida y anhelo lo inasequible. Y así y sólo así gozo la vida que pasa, que se me da de añadidura.

Cuando todos callan y desaparecen y se hace el silencio y la oscuridad en torno de mí y el sol del mundo se pone en las lontananzas de mi espíritu, entonces se abre mi cielo y se encienden en él millones de mundos, entre los cuales no es sino el más pequeño este que me sustenta. Y en aquel cielo, entre las estrellas ideales, crujía la Quimera, la Quimera redentora, la Invencible Quimera que pisotea y tritura las figuras trazadas a laica.

Hay que echar raíces. ¿Dónde? En sí mismo; en la propia infinitud, en la eternidad propia. Hay que echar raíces. ¿Dónde? En la soledad, mejor que en el mundo.

Como vinieron se irán; ni saben de donde vienen ni a donde van, y pasan cantando. Pero su cantar suena a voz del vacío resonando en el vacío. Se irán lo mismo que vinieron. Y yo me quedaré.

Miguel de Unamuno

FRANCIA É ITALIA

EL IRREDENTISMO

Es necesario haber vivido esas inolvidables jornadas históricas del 24 al 29 de Abril, para formarse una idea más ó menos exacta de la acogida tan entusiasta, sincera y espontánea que el pueblo de Roma y Nápoles hizo a Mr. Loubet, y del irresistible impulso de ardiente simpatía con que Italia entera saludó al presidente de la República francesa.

La extensión de las manifestaciones populares excedió a toda previsión. Ningún soberano ha merecido del pueblo italiano la calurosa acogida que se hizo al presidente francés.

Las almas gemelas de Francia é Italia se abrazaron en Roma, en la Ciudad Eterna, como lo habían soñado los grandes pensadores de ambos países, Víctor Hugo, Garibaldi, Gambetta, Cavallotti, Imbriani, que fueron los grandes precursores, los grandes apóstoles de la reconciliación de las dos hermanas mayores de la raza latina.

Mr. Camille Barrere, el muy simpático embajador de Francia ante la Corte del Quirinal, dijo el otro día a uno de mis amigos, en el curso de una conversación, con mucha propiedad, a mi juicio, que la visita de Mr. Loubet a Roma había sido un plebiscito del pueblo italiano a favor de Francia.

Es preciso remontarse hasta el año 1850, al desembarco en Génova de un ejército francés que venía a cooperar con los piemonteses a la formación de la moderna Italia, para encontrar en la historia algo semejante a las grandiosas manifestaciones a que dió lugar la visita del presidente de la república francesa a los soberanos de Italia.

Los telegramas de las agencias oficiosas, publicados por la prensa francesa, no han dado sino una idea muy pálida de esta explosión de entusiasmo, que rayaba en delirio.

He visto con mis propios ojos, en Nápoles, a los marinos franceses levantos en triunfo por la multitud, a los gritos de "Viva la Francia!" y al son de la Marsellesa. Es que el pueblo italiano ama sinceramente al francés, y no dejó de amarlo nunca, ni aun en los días tristes en que políticos criminales lo incitaban a una guerra con Francia.

Es necesario también buscar las causas del entusiasmo popular provocado por la visita del presidente francés en el hecho de que Mr. Loubet vino a Roma prescindiendo por completo del Vaticano, afirmando así de modo solemne, en nombre de la Francia republicana, el derecho indiscutible de Italia sobre su capital histórica, consagrandose solemnemente a Roma intangible.

Ha sido un acontecimiento de la más alta significación internacional, cuyo sentido han comprendido inmediatamente los italianos, con el instintivo buen sentido público que los caracteriza. Involuntariamente compararon la visita de Loubet a la del emperador de Alemania, que hizo su entrada en Roma, cual nuevo Carlomagno, seguida de sus coaceros, que lo escoltaron hasta el Vaticano.